Te ofrecemos la versión íntegra de las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer, divididaen partes para facilitar la lectura.

Rimas I-XII

Yo sé un himno gigante y extraño que anuncia en la noche del alma una aurora, y estas páginas son de este himno cadencias que el aire dilata en la sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre domando el rebelde, mezquino idioma, con palabras que fuesen a un tiempo suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra capaz de encerrarlo, y apenas, ¡oh hermosa! si teniendo en mis manos las tuyas pudiera al oído, contártelo a solas.

Ш

Saeta que voladora cruza, arrojada al azar, sin adivinarse dónde temblando se clavará: hoja del árbol seca arrebata el vendaval, sin que nadie acierte el surco donde a caer volverá;

gigante ola que el viento riza y empuja en el mar, y rueda y pasa, y no sabe qué playa buscando va;

luz que en los cercos temblorosos brilla, próxima a expirar, ignorándose cuál de ellos el último brillará;

eso soy yo, que al acaso cruzo el mundo, sin pensar de dónde vengo, ni a dónde mis pasos me llevarán.

Ш

Sacudimiento extraño que agita las ideas, como huracán que empuja las olas en tropel;

murmullo que en el alma

se eleva y va creciendo como volcán que sordo anuncia que va a arder;

deformes siluetas de seres imposibles; paisajes que aparecen como un través de un tul;

colores que fundiéndose remedan en el aire los átomos del Iris que nadan en la luz

ideas sin palabras palabras sin sentido; cadencias que no tienen ni ritmo ni compás;

memorias y deseos de cosas que no existen; accesos de alegría impulsos de llorar;

actividad nerviosa que no halla en qué emplearse; sin rienda que lo guíe caballo volador;

locura que el espíritu exalta y enardece embriaguez divina del genio creador... ¡Tal es la inspiración! gigante voz que el caos ordena en el cerebro, y entre las sombras hace la luz aparecer;

brillante rienda de oro que poderosa enfrena de la exaltada mente el volador corcel;

hilo de luz que en hace lo pensamientos ata; sol que las nubes rompe y toca en el cenit;

inteligente mano que en un collar de perlas consigue las indóciles palabras reunir;

armonioso ritmo que con cadencia y número las fugitivas notas encierra en el compás;

cincel que el bloque muerde la estatua moldeando y la belleza plástica añade a la ideal;

atmósfera en que giran con orden las ideas, cual átomos que agrupa recóndita atracción; raudal en cuyas ondas su sed la fiebre apaga; oasis que al espíritu devuelve con vigor... ¡Tal es nuestra razón!

Con ambas siempre en lucha y de ambas vencedor tan sólo el genio puede a un yugo atar las dos.



IV
No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira:
Podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso palpiten encendidas; mientras el sol las desgarradas nubes de fuego y oro vista;

mientras el aire en su regazo lleve perfumes y armonías; mientras haya en el mundo primavera, ¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance las fuentes de la vida, Y en el mar o en el cielo haya un abismo que al cálculo resista;

mientras la humanidad siempre avanzando, no sepa a dó camina; mientras haya un misterio para el hombre, ¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma sin que los labios rían; mientras se llora sin que el llanto acuda a nublar la pupila;

mientras el corazón y la cabeza batallando prosigan; mientras haya esperanzas y recuerdos, ¡Habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen los ojos que los miran; mientras responda el labio suspirando al labio que suspira;

mientras sentirse puedan en un beso dos almas confundidas; mientras exista una mujer hermosa, ¡Habrá poesía! Espíritu sin nombre, indefinible esencia, yo vivo con la vida sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío del sol tiemblo en la hoguera palpito entre las sombras y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro de la lejana estrella, yo soy de la alta luna la luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube que en el ocaso ondea; yo soy del astro errante la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbre, soy fuego en las arenas, azul onda en los mares y espuma en las riberas.

En el laúd soy nota, perfume en la violeta, fugas llama en las tumbas y en las ruinas hiedra.

Yo atrueno en el torrente, y silbo en la centella y ciego en el relámpago y rujo en la tormenta. Yo río en los alcores susurro en la alta hierba, suspiro en la onda pura y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos del el humo que se eleva y al cielo lento sube en espiral inmensa.

Yo en los dorados hilos que los insectos cuelgan me mezclo entre los árboles en la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas que en la corriente fresca del cristalino arrollo desnudas juguetean.

Yo en bosque de corales, que alfombran blancas perlas, persigo en el océano las náyades ligeras.

Yo, en las cavernas cóncavas, do el sol nunca penetra, mezclándome a los nomos contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos las ya borradas huellas, y sé de esos imperios de que ni el nombre queda. Yo sigo en raudo vértigo los mundos que voltean, y mi pupila abarca la creación entera.

Yo sé de esas regiones a do rumor no llega, y donde los informes astros de vida y soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo el puente que atraviesa; yo soy la ignota escala que el cielo une a la tierra.

Yo soy el invisible anillo que sujeta el mundo de la forma al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy el espíritu, desconocida esencia, perfume misterioso de que es vaso el poeta. Como la brisa que la sangre orea sobre el oscuro campo de batalla, cargada de perfumes y armonías en el silencio de la noche vaga;

símbolo del dolor y la ternura, del bardo inglés en el horrible drama, la dulce Ofelia, la razón perdida cogiendo flores y cantando pasa.

VII

Del salón en el ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidada, silenciosa y cubierta de polvo veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas como el pájaro duerme en la rama esperando la mano de nieve que sabe arrancarlas!

¡Ay! -pensé-, ¡Cuántas veces el genio así duerme en el fondo del alma, y una voz, como Lázaro, espera que le diga: "Levántate y anda"!

VIII

Cuando miro el azul horizonte perderse a lo lejos a través de una gasa de polvo dorado e inquieto, me parece posible arrancarme del mísero suelo, y flotar con la niebla dorada en átomos leves cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo obscuro del cielo las estrellas temblar, como ardientes . pupilas de fuego, me parece posible a do brillan subir en un vuelo, y anegarme en su luz, y con ella en lumbre encendido fundirme en un beso

En el mar en la duda en que bogo ni aún se lo que creo: ¡Sin embargo, estas ansias me dicen que yo llevo algo divino aquí dentro



IX

Besa el aura que gime blandamente las leves ondas que jugando riza el sol besa a la nube de occidente y de púrpura y oro la matiza. la llama en derredor del tronco ardiente por besar a otra llama se desliza. y hasta el sauce inclinándose a su peso al río que lo besa, vuelve un beso.

Χ

Los invisibles átomos del aire en derredor palpitan y se inflaman el cielo se deshace en rayos de oro la tierra se estremece alborozada Oigo flotando en olas de armonía rumor de besos y batir de alas, mis párpados se cierran...¿Qué sucede? ¿Dime?... ¡Silencio!... ¿Es el amor que pasa?

ΧI

- Yo soy ardiente, yo soy morena,
 yo soy el símbolo de la pasión;
 de ansia de goces mi alma está llena;
 ¿a mí me buscas? -No es a ti; no
 - Mi frente es pálida; mis trenzas de oro puedo brindarte dichas sin fin;
 yo de ternura guardo un tesoro;
 ¿a mí me llamas? -No; no es a ti.
 - Yo soy un sueño, un imposible,

vano fantasma de niebla y luz; soy incorpórea, soy intangible; no puedo amarte. -¡Oh, ven; ven tú!



XII

Porque son niña, tus ojos verdes como el mar, te quejas; verdes los tienen las náyades, verdes los tuvo Minerva, y verdes son las pupilas de las huris del profeta.

El verde es gala y ornato del bosque en la primavera; entre sus siete colores brillante el Iris lo ostenta. Las esmeraldas son verdes, verde el color del que espera, y las ondas del océano, y el laurel de los poetas.

Es tu mejilla temprana rosa de escarcha cubierta en que el carmín de los pétalos se ve a través de las perlas Y, sin embargo, sé que te quejas, porque tus ojos crees que la afean: pues no lo creas; que parecen tus pupilas, húmedas, verdes e inquietas, tempranas hojas de almendro, que al soplo del aire tiemblan.

Es tu boca de rubíes purpúrea granada abierta, que en el estío convida a apagar la sed en ella.

Y, sin embargo, sé que te quejas, porque tus ojos crees que la afean: pues, no lo creas que parecen, si enojada tus pupilas centellean, las olas del mar que rompen en las cantábricas peñas.

Es tu frente que corona crespo el oro en ancha trenza, nevada cumbre en que el día su postrera luz refleja.

Y, sin embargo, sé que te quejas, porque tus ojos crees que la afean: pues, no lo creas Que, entre las rubias pestañas, junto a las sienes, semejan broches de esmeralda y oro, que un blanco armiño sujetan. XIII

Tu pupila es azul, y cuando ríes, su claridad suave me recuerda el trémulo fulgor de la mañana que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras, las transparentes lágrimas en ella se me figuran gotas de rocío sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo como un punto de luz radia una idea me parece, en el cielo de la tarde, ¡una perdida estrella!

